



Muruzábal, Navarra, 1943. Venezolano desde 1977. Licenciado en Filosofía (1966);
Doctor en Teología (Universidad Gregoriana, Roma, 1975); Economista (1988)
y Especialista en Instituciones Financieras (1997).

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas) y de la Universidad Central de Venezuela.
Entre sus publicaciones se destacan: *Análisis socioeconómico de Venezuela* (1997);
Introducción a la teoría económica (coautor, 1995); *Política económica y distribución del ingreso* (1994).

Más y mejor bienestar: entre promesas y logros

Población

Trabajo y productividad

Producción y consumo

Estado benefactor

Distribución del ingreso y pobreza

Desarrollo humano y bienestar

Conclusión

Bibliografía

EN MUCHOS ASPECTOS, la situación promedio del venezolano es hoy más confortable que la de hace un siglo. Pero este camino ha sido tortuoso, y numerosos sectores de la población perciben actualmente el horizonte más oscuro que hace treinta años.

Vamos a reflexionar sobre cómo ha evolucionado a lo largo del siglo XX la situación socio-económica de los venezolanos, y de qué manera se han distribuido entre ellos los beneficios de la modernización. Para eso nos apoyaremos en un conjunto de testimonios e indicadores que nos permitan apreciar los altibajos de nuestra trayectoria, y asomarnos tentativamente a las perspectivas del futuro inmediato. Comencemos este recorrido con algunos datos sobre el conjunto de la población.



Población

El bienestar puede admitir diversos grados, que van desde la supervivencia básica a la holgura o el lujo. Eso, claro está, si nos limitamos a medirlo desde una perspectiva meramente económica y social. Este es el criterio que vamos a adoptar, admitiendo que un asceta u otras personas que por diferentes motivos se quieran distanciar de la *civilización*, pueden experimentar una satisfacción mayor, quizás hasta más profunda y trascendente, en la sobriedad y la renuncia. Pero en el mundo actual esa actitud es minoritaria. Por eso, ateniéndonos a los hechos, y sin formular juicios de valor, vamos a presuponer que el común de las personas siente que ha mejorado su bienestar cuando tiene más.

Considerando al conjunto de la población, en un primer momento podemos analizar este fenómeno fijándonos en la densidad territorial y el proceso de urbanización. Para 1998 el promedio de población por km² en el mundo era de 43,4. En Venezuela esta cifra alcanzaba apenas en ese mismo año a 25,36. En los extremos tenemos a Corea del Sur (467,9) y Australia (2,4). Dos casos no tan límites, que se encuentran entre los siete países más industrializados, son Japón (334,5) y Canadá (3,1).

¿Contribuye la mayor o menos densidad de población al desarrollo? En términos generales, una población muy escasa y dispersa hace difícil organizar los mercados y la prestación de servicios de manera eficiente, pero un exceso de población complica también el acceso a los servicios mínimos, y genera una masa creciente de

marginalidad. Sin embargo, la tendencia dominante en el mundo ha sido la de irse acercando a los centros urbanos, porque se percibe que en sus proximidades se tienen más posibilidades de acceder a un mayor bienestar. Podemos considerar por tanto un crecimiento de la densidad de población como una señal de mejoramiento en las condiciones económicas y sociales.

Pero antes de fijarnos en la densidad vamos a considerar el crecimiento poblacional, según los diversos censos realizados a partir de los últimos años del siglo XIX.

Crecimiento poblacional 1891-1998. Cuadro 1

Año	Población anual	Crecimiento (por ciento)	Habitantes por km ²
1891	2.221.572	1,03	2,47
1920	2.479.525	0,38	2,76
1926	2.814.131	2,13	3,13
1936	3.364.347	1,80	3,74
1941	3.850.771	2,74	4,28
1950	5.034.838	3,02	5,60
1961	7.523.999	3,72	8,37
1971	10.721.522	3,61	11,93
1981	14.516.735	3,08	16,15
1990	18.105.265	2,48	20,14
1998	23.242.435	3,30	25,36

Fuentes: OCEI. El censo 90 en Venezuela. Resultados básicos. OCEI. *Anuario Estadístico de Venezuela* 1998

Fijándonos en las tasas de crecimiento percibimos, con algunos altibajos, una tendencia típica de los países que van mejorando progresivamente su bienestar económico. Desde 1936 hasta el 61, la población va aumentando como consecuencia de una mejora progresiva de los niveles de vida. Pero entre 1961 y 1990 esta tasa comienza a disminuir. Como la conciencia de vivir en crisis es relativamente reciente, y en los años setenta se tenía todavía la sensación de nadar en la abundancia, esta caída se puede interpretar como el cruce de un umbral hacia un nivel de vida aún más desahogado. Es conocida a este respecto la preocupación de algunos países europeos que han visto caer sus tasas de natalidad drásticamente en los últimos años. De entre los diez países con mayor ingreso per cápita en 1997 (Suiza, Japón, Noruega, Singapur, Dinamarca, Estados Unidos, Alemania, Austria, Bélgica y Suecia) sólo uno (Singapur) creció, en el período comprendido entre 1990 y 1997, casi un 2 por ciento (1,9 por ciento). Estados Unidos creció un 1 por ciento, y los otros ocho crecieron menos del 1 por ciento. El crecimiento promedio del mundo fue en ese período de 1,5 por ciento.

La densidad promedio ha aumentado en Venezuela más de diez veces en lo que va de siglo. Claro que esa tendencia ha afectado de manera diferente a cada región.

Es de esperar que el número de habitantes por km² sea mayor en el Distrito Federal. Para 1950 alcanzaba a 367,7. Lo seguían Nueva Esparta (66), Carabobo (55,6), Trujillo (37), Miranda (34,8) y Aragua (27,4). Los estados menos poblados, dejando de lado los Territorios y Dependencias Federales, eran por entonces Guárico (2,5), Barinas (2,3), Apure (1,2) y Bolívar (0,5).

La mayor densidad corresponde a las áreas donde la población siente que puede vivir mejor. Es comprensible por tanto la acumulación de personas en los estados más cercanos a la capital. Sin embargo, todavía a mitad de siglo se mantienen con vigor dos núcleos, situados uno al oriente y otro al occidente del país. Nueva Esparta no ha perdido la prestancia de la que gozó durante el período de la Colonia, y Trujillo tiene aún a comienzos de siglo gran importancia en el liderazgo de la política andina, aunque a partir de Cipriano Castro Táchira se convirtiera en semillero de presidentes de la República.

Resulta difícil negar que el venezolano promedio vive mejor a finales del siglo veinte que cien años atrás.

Respecto a las áreas más deshabitadas, y sin quitar importancia al despoblamiento progresivo de esas zonas, hay que tomar en cuenta que Bolívar, Apure y Guárico son los estados más extensos de Venezuela (pasamos por alto una vez más al Territorio Amazonas), y que Barinas sólo es superado en extensión por Zulia y Anzoátegui.

En el censo de 1990 la situación no cambia significativamente. Se mantiene la primacía del Distrito Federal (1.930), y lo siguen en orden decreciente Carabobo (332,6), Miranda (235,4), Nueva Esparta (229,3) y Aragua (161,9). El estado insular ha sido superado por algunos aledaños a la capital de la República y, dentro de los Andes, Trujillo (66,6) queda ahora por debajo del Táchira (72,8).

Por otra parte, el auge de las industrias básicas ha hecho que Bolívar (3,8) ya no quede alejado en el último lugar, aunque siga relativamente despoblado fuera de Ciudad Bolívar y Ciudad Guayana. Los otros dos estados con una densidad menor a diez habitantes por km² son Guárico (7,5) y Apure (3,7).

Si consideramos las tasas de crecimiento de la población, entre 1950 y 1990 los mayores incrementos se dan en Bolívar (660 por ciento) y en los estados vecinos a Caracas: Miranda (576 por ciento), Carabobo (498 por ciento) y Aragua (489 por ciento). Tomando en cuenta que en el país como un todo esta tasa es de 259 por ciento, todavía crecen más que el promedio Barinas (426 por ciento), Portuguesa (374 por ciento), y Zulia (297 por ciento). El Distrito Federal apenas aumenta en 196 por ciento. Los estados de crecimiento más escaso son Falcón (133 por ciento), Sucre (104 por ciento) y Trujillo (80 por ciento).

La tendencia a la concentración se percibe todavía mejor si se tiene en cuenta que en 1920 sólo el 16,4 por ciento del país vivía en concentraciones mayores a 2.500 habitantes, mientras que en 1950 lo hacía casi la mitad de la población (47,4 por ciento). En 1990 esta proporción ascendía al 80,3 por ciento, y en 1998 al 86,47 por ciento.

Estas modificaciones en la densidad de las diversas regiones tienen que ver con variaciones en las tasas de natalidad, fecundidad y mortalidad, que inciden en la esperanza de vida, y con la evolución migratoria.

La esperanza de vida creció de 44,23 años en 1936 a 69,87 en 1981 y a 72,80 en 1998. También en las causas de muerte nos hicimos más *desarrollados*. En 1936 ocupaban los primeros lugares la tuberculosis, gastroenteritis, enfermedades cardiovasculares, paludismo y enfermedades de la primera infancia. Habrá que esperar a 1959 para que las muertes por enfermedades cardiovasculares ocupen el primer lugar. Pero en 1960, y de 1962 a 1966, las enfermedades de la primera infancia las desplazan de ese puesto, hasta que a partir de 1967 las enfermedades cardiovasculares permanecen establemente como primera causa, seguidas desde el año siguiente por el cáncer. Pero todavía en 1987 eran más los muertos por enfermedades de la primera infancia que por accidentes de tránsito. Las defunciones por fallas de nutrición bajaron en promedio de 13,86 por

Pero los ingresos personales no son la única fuente de bienestar. Mucho menos en países como Venezuela, donde el Estado...

cada cien mil habitantes en la década de los cincuenta a 2,83 en la de los ochenta.

En relación con las migraciones internas, es bastante evidente que el conjunto de la población identifica agricultura con atraso e industrialización con modernidad. De ahí el acercamiento paulatino hacia el núcleo central, donde en un principio se concentran las nuevas fábricas. Como ocurrió en otros países, sucesivos Gobiernos trataron de diversificar esas corrientes, creando polos de desarrollo regionales que se convirtieran en nuevos puntos de atracción. Así se llega a crear una nueva ciudad (Puerto Ordaz) que unida a San Félix es ya para 1990 (apenas treinta años después de su constitución) la quinta más poblada, después de Caracas, Maracaibo, Valencia y Barquisimeto. Por otra parte, el fenómeno en su conjunto no reviste particular importancia. En el Censo de 1950, un 77,9 por ciento de los residenciados en cada entidad había nacido en ella. En 1990 esta proporción sólo disminuye a un 71,7 por ciento.

Algo semejante podemos decir de la proporción de extranjeros, que pasa en esos años, al menos en cuanto a cifras oficiales se refiere, de 4,1 por ciento a 5,7 por ciento. Sin embargo, se da un cambio significativo respecto a su origen. En los cincuenta y sesenta, la mayor parte procede del sur de Europa. En cambio, en las décadas siguientes, quienes vienen a buscar fortuna provienen de países limítrofes. Constituye un episodio particular la llegada masiva de refugiados políticos de los países del Cono Sur a fines de los setenta. También esto fue una señal de bienestar, aunque no directamente económico, ya que muchos vieron entonces a Venezuela como un oasis democrático en un continente asediado por regímenes dictatoriales.

Sin embargo, la crisis económica padecida por el país en los últimos años, ligada a las continuas devaluaciones de su moneda a partir de 1983, ha modificado significativamente los flujos migratorios con otros países. En la última década, los

saldos migratorios externos han sido consistentemente negativos, y aunque en los registros de salidas no se distingue a quienes salen de vacaciones de quienes pretenden trasladarse definitivamente a otro país, hay una sensación generalizada de que este último fenómeno se está produciendo cada vez con mayor frecuencia, especialmente entre la gente mejor preparada.

Trabajo y productividad

Aunque toda regla admita excepciones, en términos generales si una familia quiere gozar de bienestar tiene que trabajar para lograrlo. Por eso uno de los indicadores fundamentales de las perspectivas de crecimiento de un país es la proporción de su población que está en la fuerza de trabajo.

Claro que no necesariamente un alto índice de actividad va acompañado por un elevado nivel de bienestar. Primero, porque no toda mano de obra es igualmente productiva; y además, porque un país donde todo el mundo trabaja no permite que sus niños se eduquen para ser después más eficientes, ni concede a sus ancianos gozar de un merecido descanso. Pero dentro de ciertos límites podemos afirmar que una baja tasa de actividad supone más gente viviendo de la remuneración de una sola persona.

Algunas cifras nos pueden indicar los márgenes entre los que se movía dicha tasa para 1995 en diversos países.

Población económicamente activa. Cuadro 2. (Porcentajes)

País	Tasa	País	Tasa
China	59,10	Brasil	44,65
Japón	52,80	Colombia	43,24
EE.UU.	50,57	Haití	42,86
Australia	50,00	Argentina	40,00
Alemania	48,78	Venezuela	36,36

Fuente: Banco Mundial. Informe sobre el Desarrollo Mundial 1997.

Ahí se ve que no necesariamente una mayor proporción de población trabajadora supone un mejor nivel de vida. Basta comparar Venezuela con Haití, o los Estados Unidos con China. Por otra parte, es claro que Venezuela tiene una proporción bastante baja en el conjunto de las naciones, aunque se puedan encontrar algunas tasas menores, como las de Egipto (36,21 por ciento), Pakistán (35,38 por ciento) o Yemen (33,33 por ciento). Pero en la casi totalidad de los países ésta oscila entre el 40 por ciento y el 50 por ciento.

Por otra parte, esta situación apenas ha evolucionado en Venezuela en lo que va de siglo. En 1950 era de un 32,34 por ciento, en 1960 de 30,06 por ciento, en 1970 de 28,12 por ciento y en 1980 de 31,93 por ciento. Se percibe un curioso fenómeno, por el que la tasa experimenta un ligero descenso que toca su mínimo en 1964 y luego vuelve a aumentar.

Claro que las cosas cambian si la tasa de actividad se obtiene comparando la fuerza de trabajo únicamente con la población mayor de 15 años. Entonces ésta alcanza valores ligeramente superiores al 50 por ciento, pero aquí no se refleja el número de personas que dependen de cada trabajador. En el caso específico de Venezuela, cada trabajador sostiene en promedio con su sueldo a tres personas, es decir, a sí mismo y a dos personas más.

Por otra parte, no siempre se puede decir que esos dos tercios de la población no trabajen. La mayor parte son estudiantes o amas de casa. Pero el fruto de su trabajo no se puede medir en términos monetarios, y por eso no entra en la contabilización del producto nacional, ni en consecuencia pasan ellos a formar parte de la fuerza de trabajo. Más aún, con su encomiable labor no se puede pagar el mercado, ni la luz, ni el colegio, por lo que es necesario algún ingreso adicional para poder consumir todo lo que no se produce en la casa.

Si de las tasas de actividad pasamos a las tasas de empleo, que miden más específicamente la proporción de la población económicamente activa que realmente encuentra dónde trabajar, las cifras muestran una bonanza parcialmente engañosa. Desde 1950 la mayor parte de los años la desocupación no ha alcanzado el 10 por ciento, y aun en los períodos más duros nunca había llegado al 15 por ciento, ni en el total nacional ni por regiones. Sólo hacia fines de 1999 y comienzos del 2000 esta cifra superó en algunos momentos el 20 por ciento. Algunos países europeos han alcanzado en el mismo período tasas de desempleo más altas.

Pero esas cifras hablan de cantidad y no de calidad. Un acercamiento, aunque insuficiente, a este último aspecto, se insinúa si diferenciamos entre empleo formal e informal. La dificultad de sacar conclusiones estriba en que el adjetivo informal esconde a su vez situaciones muy diversas. Desde un punto de vista estadístico designa a las personas que trabajan en empresas con menos de cinco empleados, y ahí están incluidos los buhoneros, pero también los dueños de establecimientos selectos en centros comerciales de prestigio. De todas formas, un exceso de empresas pequeñas afecta negativamente a la productividad, ya que la tecnología moderna exige grandes inversiones que sólo pueden ser asumidas por empresas de gran envergadura.

En todo caso, la ocupación informal ha oscilado en los últimos años entre un 30 por ciento y un 50 por ciento. No se percibe una tendencia definida de carácter ascendente o descendente a lo largo de los años. Un fenómeno muy frecuente en esta área es la presencia de trabajadores que por necesidad tienen que desempeñarse en oficios que no corresponden ni a su preparación ni a sus intereses. Pero es imposible aventurar proyecciones sobre este fenómeno.

Dentro de las múltiples posibilidades de análisis que se podrían hacer de las cifras globales sobre empleo, vamos a considerar cómo ha evolucionado el trabajo femenino. De nuevo aquí los números son susceptibles de múltiples interpretaciones. Por lo general, la vida moderna ha acrecentado la participación femenina en el

trabajo en todas las áreas y todos los países. Pero las consecuencias son muy diferentes si ese salario se añade a otros ya recibidos en el entorno familiar, o si constituye la única fuente de sustento del grupo por ausencia del padre.

El crecimiento de la fuerza de trabajo femenina en Venezuela, en relación con la población total del mismo sexo, es evidente. A fines de los años 60 apenas era de un 11 por ciento, en los setenta y principios de los ochenta se mantiene en torno al 18 por ciento, y después sube progresivamente hasta el 23 por ciento (año 90), 26 por ciento (año 95) y 33 por ciento (año 99). En cuarenta años se ha triplicado.

Pero si comparamos la fuerza de trabajo femenina con la total, las diferencias son menos significativas. Entre 1940 y 1970 la tasa de feminización del trabajo permanece estable en un 22 por ciento, pero sube al 27 por ciento en 1980, y en 1990 es ya del 31,5 por ciento. En el primer semestre de 1999, se ubica en 37,26 por ciento. Por otra parte, en 1990 el 21,5 por ciento de los hogares tiene a la cabeza a una mujer, y el 50,09 por ciento de esas jefes de familia está en la fuerza de trabajo. Siete años más tarde estas proporciones aumentan a 25,78 por ciento y 57,60 por ciento respectivamente. Probablemente este incremento refleja una mayor independencia de la mujer, que se siente más preparada para asumir las consecuencias económicas de un divorcio o separación, lo cual a pesar de su ambigüedad suele ser consecuencia de un mayor desarrollo global. El hecho de que las estadísticas comiencen a contabilizar la fuerza de trabajo a partir de los 15 años, impide tener una idea exacta de la situación del trabajo infantil.

Los datos sobre el empleo tienen que ser complementados con cifras sobre productividad. Ya que puede haber familias donde sólo trabaja una persona, con mejor nivel de vida que otras donde trabajan todos sus miembros.

En la teoría económica se acostumbra decir que, en términos generales, cada persona es remunerada de acuerdo con su productividad. Claro que aquí hay una trampa. La productividad se mide a través de los precios. Como en cada país se producen cosas muy heterogéneas, la mejor forma que se ha encontrado hasta ahora de unificarlas es medirlas por su valor monetario. En este sentido, la industria petrolera es más productiva que la agricultura.

Resulta evidente entonces que la productividad no tiene que ver directamente con el tiempo de trabajo, ni con la dificultad o el esfuerzo, ni con la necesidad relativa de cada bien. Puede haber personas que trabajan mucho y producen muy poco. A veces esto se deberá a limitaciones en la propia preparación; otras veces se debe al tipo de instrumentos o equipos que se están utilizando (por eso una misma persona es más productiva en industrias grandes que en establecimientos pequeños); o a hábitos de comportamiento, normas institucionales o infraestructura; o a la escasez relativa y el nivel de demanda de lo que se produce. Sea de quien sea la responsabilidad, los países menos productivos obtienen menos recursos para satisfacer sus necesidades.

*Pero este último
detalle nos vuelve
a recordar que no es
lo mismo igualdad
que bienestar...*

Al asomarnos a este problema en Venezuela podemos hacerlo desde dos perspectivas a las que podemos llamar longitudinal y transversal. En el primer caso podemos ver si nuestra productividad ha aumentado con el transcurso del tiempo. En el segundo caso podemos examinar en un momento determinado qué tipo de empresas o sectores productivos son más productivos y cuáles lo son menos. Por supuesto, podemos hacer también un cruce, para ver si esto último ha sufrido transformaciones significativas con el paso de los años.

Comencemos por hablar de la productividad real en términos globales. Se habla de productividad real cuando se toma en cuenta la capacidad adquisitiva del dinero. Si en dos años consecutivos se producen las mismas cantidades pero se duplican los precios, el producto nominal se ha duplicado, pero realmente permanece igual.

En los últimos cincuenta años, nos encontramos con los siguientes resultados respecto a la productividad anual del trabajador, medida en bolívares de 1984.

Niveles de productividad (bolívares de 1984). Cuadro 3

Año	Productividad	Año	Productividad
1950	7.705	1980	95.830
1960	11.975	1985	80.920
1970	96.660	1990	73.260
1975	100.330	1995	72.530

Fuente: Banco Central de Venezuela

Aun reconociendo que pueda haber algunas imprecisiones en las cifras más antiguas, se percibe una tendencia que resulta bastante significativa. Un fuerte incremento de la productividad hasta el año 75 (si analizamos las series anuales, el máximo se encuentra de hecho en el 77) y un descenso algo menos pronunciado pero persistente desde aquel período hasta el presente.

No hay duda de que los avatares de los precios petroleros han influido significativamente en el comportamiento general del PIB, y en el consiguiente crecimiento y decrecimiento de la productividad global. Pero eso no lo explica todo.

Para probarlo, consideremos con un poco más de detalle la evolución del producto por persona ocupada en diversos sectores productivos. Nos vamos a fijar particularmente en la agricultura, el petróleo, el conjunto de la industria manufacturera, y el sector productivo de bienes y servicios no exportables.

En la agricultura, en 1995 la producción total fue apenas un 4,85 por ciento del PIB, pero la población ocupada en dicho sector suponía el 13,35 por ciento del total. La productividad es por tanto bastante baja. De hecho, a precios de 1984 apenas alcanzó a Bs. 26.366 (recuérdese que la productividad promedio en ese año fue de Bs. 72.530). En cambio el sector petrolero, que sólo ocupaba al 0,91 por ciento del total produjo el 25,79 por ciento del PIB. Aquí la productividad asciende a Bs. 2.142.891 anuales a precios de 1984. En la manufactura en su conjunto la productividad se asemeja más a la media nacional, aunque la supere ligeramente (Bs. 91.067). En el

sector que produce bienes no comercializables con el exterior (electricidad, agua, construcción, comercio, restaurantes y hoteles, transporte y comunicaciones, establecimientos financieros, otros servicios), Bs. 50.804,51. Este último sector es particularmente importante, porque en él trabajan casi las tres cuartas partes (72,4 por ciento) de la población. Cada una de estas productividades evoluciona a lo largo de los años en consonancia con la evolución promedio nacional. Quizás el sector donde las variaciones son más ostensibles es el petrolero, debido a la fluctuación de los precios y a las distintas políticas de explotación a lo largo del siglo. Por mencionar sólo un caso, el año 1986, en el que se produjo un marcado descenso en los precios, la productividad del sector apenas fue de 990.734 a precios del 84, es decir, menos de la mitad de la lograda en 1995.

Aunque no haya una relación directa entre la productividad de los diversos sectores y las remuneraciones obtenidas en cada uno de ellos (hay que recordar que con el ingreso se remunera tanto al trabajo como al capital) sí podemos percibir cierta semejanza en sus tendencias y en su evolución. En primer lugar, en los últimos cincuenta años, los salarios reales siguen también una trayectoria primero ascendente y luego descendente.

Recogemos a continuación algunas cifras, a precios de 1984.

Tasa anual de salario real. Cuadro 4

Año	Salario real	Año	Salario real
1950	16.852	1985	28.814
1955	19.697	1990	19.518
1960	25.192	1991	20.835
1965	25.909	1992	22.019
1970	29.194	1993	20.638
1975	37.144	1994	17.866
1980	39.051	1995	16.868

Fuente: Baptista (1997)

El cuadro en sí es una dramática llamada de atención. En los últimos años se perdió lo que se había ganado en medio siglo. Estamos otra vez a niveles de 1950, cuando la industrialización apenas había comenzado, y estaba en el poder una vilipendiada dictadura.

Por otra parte, hay que hacer unas observaciones en relación con este cuadro. Su fuente no es la misma que aquélla de donde se han sacado las cifras sobre productividad. No es correcto por tanto concluir de ahí nada definitivo sobre la distribución del ingreso entre los factores productivos, por el solo hecho de que el salario real sea un 0,23 por ciento de la productividad. Sobre esa y otras distribuciones hablaremos más adelante.

Hay también un cierto desfase en la tendencia, porque la productividad comienza a descender en 1977, mientras que su efecto sobre los salarios se hace

sentir en 1984 (que no aparece en el cuadro). En todo caso, está bastante claro el deterioro de los años recientes.

Aún así, hay que tener en cuenta que los salarios no son la única fuente de bienestar, pues prácticamente todo ciudadano recibe directa o indirectamente algún tipo de subsidio, sobre todo a través de un conjunto de servicios públicos cuya evolución consideraremos más adelante. Sobra decir, además, que un conjunto significativo de personas recibe ingresos adicionales como remuneración a sus ahorros o inversiones.

Antes de terminar este apartado, vamos a hacer un par de reflexiones sobre la diversidad de salarios obtenidos en diferentes sectores productivos, y sobre el crecimiento absoluto del conjunto del personal asalariado.

Respecto a lo primero, en líneas muy generales se puede percibir una tímida tendencia hacia la igualación. Así por ejemplo en 1936 se ganaba 4,42 veces menos en las actividades agrícolas que en las no agrícolas. En 1979 esta relación descendió a 3,79 y en 1990 a 3,23. Si comparamos el sector petrolero con el no agrícola y no petrolero, también con el transcurso de los años se aminoran las desigualdades. En 1970 el trabajador petrolero gana 5,36 veces más que el resto, y en 1990 esta relación baja a 4 veces. Si nos vamos al sector manufacturero propiamente dicho, ya las diferencias no son tan grandes. El sector petrolero sigue ocupando el primer puesto, pero para 1990 le sigue de cerca la industria del tabaco, y no tan lejos la química, la del papel y las mecánicas. Por otra parte los sueldos en la gran industria cuadruplican en promedio a los de la pequeña industria.

Se podrían hacer otras consideraciones, pero nada de eso cambia el hecho de que en términos globales la capacidad adquisitiva del venezolano es hoy mucho menor que la de hace veinte o treinta años.

La segunda cuestión, referida a la evolución del total de trabajadores que perciben salarios, introduce un nuevo elemento que es necesario tomar en cuenta. Si una familia viera reducido su salario en un 50 por ciento, pero se triplicara el número de miembros del hogar que recibe remuneración por su trabajo, la situación de esa familia habría mejorado

Curiosamente, el comportamiento de la serie que compara la población asalariada con la ocupada sigue una dirección muy semejante a la del salario real. Entre 1959 y 1980 sube de un 53,57 por ciento hasta un 69,73 por ciento. Pero a partir de ese momento comienza a disminuir hasta quedar en 60,06 por ciento para 1995. Podemos intuir, por tanto, que ambos efectos se refuerzan. En los últimos veinte años no sólo se puede comprar menos con lo que se gana, sino que son menos los miembros de cada hogar que gozan de un sueldo.

Para continuar nuestro análisis, vamos a examinar ahora la evolución del ingreso per cápita, ubicando a Venezuela en el escenario mundial, así como los cambios en el tipo de producción, y las modificaciones en la demanda agregada y el consumo.

Producción y consumo

Es de suponer que el producto per cápita, aunque en términos absolutos sea menor que la productividad, ya que en este caso hay que tomar en cuenta no sólo a la población ocupada sino a la total, seguirá la misma tendencia primero ascendente y luego descendente a partir de la década de los ochenta.

Más aún, dada la tasa de actividad, que como hemos visto anteriormente es aproximadamente un tercio de la población total, las cifras del producto per cápita dan en efecto resultados que se aproximan al 33 por ciento de la productividad de la mano de obra. Fue de Bs. 27.992 anuales en 1970 a precios de 1984. Creció en 1980 hasta 30.570, y luego ha ido descendiendo progresivamente, con ligeros altibajos, de manera que su valor para 1998 (Bs. 25.589) fue inferior al que se tenía treinta años antes.

El panorama empeora aún más si medimos el producto en dólares de Estados Unidos, tal como lo hace el Banco Mundial al clasificar a los países de más pobres a más ricos. Incluimos a continuación una pequeña tabla que muestre nuestro lugar en el escalafón total y entre los países de América Latina en los últimos años. El total de los países clasificados oscila entre 121 y 133.

*El deterioro es evidente.
A pesar de la ligera
recuperación de 1997,
en apenas 6 años
(1990-1996) descendemos
doce puestos.*

Posición relativa de Venezuela. Cuadro 5

Año	Puesto mundial	Puesto en Am. Latina	Año	Puesto mundial	Puesto en Am. Latina
1990	33	1	1995	44	7
1991	42	3	1996	45	6
1992	39	3	1997	42	6
1993	40	6	1998	44	6
1994	36	5			

Fuente: Banco Mundial (1990-1997)

El deterioro es evidente. A pesar de la ligera recuperación de 1997, en apenas 6 años (1990-1996) descendemos doce puestos. Al nivel latinoamericano éramos los primeros y hoy somos los séptimos. En 1991 nos pasaron Uruguay y Brasil, en 1993 nos adelantaron también Puerto Rico, Argentina y México. Aunque en 1994 Brasil se queda detrás, en 1995 vuelve a pasarnos, y además se pone también por delante de nosotros Chile. El hecho de que en los dos últimos años subamos un puesto es engañoso, pues se debe únicamente a que el Banco Mundial saca a Puerto Rico de la lista.

Desde otra perspectiva complementaria, hasta 1995 nos encontrábamos hacia la mitad del grupo de países de ingreso medio alto. A partir de entonces bajamos al grupo de ingresos medios y medios bajos. Más aún, en 1996 nos sobrepasan dentro de ese grupo Irán, Estonia y Botswana.

El hecho de que Venezuela aparezca entre grupos de países africanos y asiáticos se va haciendo cada vez más frecuente en los últimos años. Al respecto es significati-

vo el tratamiento que se nos da en las introducciones de dos libros de texto recientes sobre crecimiento económico, que se encuentran entre los más vendidos al nivel mundial. En uno de ellos, escrito en 1995 (Robert Barro), se menciona a los países que han tenido crecimientos negativos entre 1980 y 1990. Allí ocupa el último lugar Irak. Después vienen Chad, Madagascar, Mozambique, Somalia, Zambia, Uganda, Guyana, Zaire, Nicaragua, Benín, República Centroafricana, Haití, Burundi, Ghana, Venezuela, Mauritania y Níger. En otro más reciente (Charles I. Jones, 1997) se menciona una muestra de cuatro grupos de países: ricos, pobres, milagros y desastres

Pero esas cifras hablan de cantidad y no de calidad. Un acercamiento, aunque insuficiente, a este último aspecto, se insinúa si diferenciamos entre empleo formal e informal.

económicos. Venezuela ocupa la cabeza del cuarto grupo acompañada por Madagascar, Mali y Chad. Claro que mucho depende del punto de partida. Si comparamos a la Venezuela de hoy con la de comienzos de siglo, el progreso es significativo. En esa época era todavía difícil conseguir datos numéricos que reflejaran la situación con cierta confiabilidad. Para asomarse a ella es preciso apoyarse en testimonios necesariamente parciales y con un alto componente de intuición y subjetividad. Así podemos escuchar en la novela *En este país*, escrita en 1920 por Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, al médico de la familia Macapo quejándose de “esta hambre que tenemos

todos los venezolanos desde que nacemos hasta que morimos”.

Y en *Las cuatro pencas* (que no se publicó hasta 1937, ya muerto Gómez) Aurorita, recién regresada de Europa llena de ideales, describe el campo “como un terrón que se desmorona [...] en medio al raquitismo forestal de las tierras secas [...] desolación [...] niños enfermos, mujeres y hombres hambreados y envejecidos [...] ni la más rudimentaria idea de higiene y comodidad [...] miserables, gachas, renegridas habitaciones, donde, con frecuencia, pequeñas trojes, bajas y angostas, suplen los lechos, así como hacen de asientos, peñas y troncos [...] nada de esa seguridad del otro día, sin la cual no es posible se aquerencie la civilización”.

Con algo menos de prosopopeya, pero con angustia no menos patente, Alberto Adriani, tras apuntar que “más del 80 por ciento de la población venezolana vive, directa o indirectamente, de la agricultura”, describe algunos de los efectos que la depresión de los años treinta tuvo sobre los cultivadores del café.

“Cada descenso de los precios, cada nuevo paso en la carrera hacia el abismo, aumentará el número de cafeteros desnutridos, malvestidos, macilentos, cabizbajos, pasto de las enfermedades, sin asidero para ninguna esperanza. Habrá en nuestros campos más y más casas derruidas, desmanteladas solitarias. Se irán haciendo más y más escasas las comodidades, el instrumental y, sobre todo, la cultura, que el café nos había permitido adquirir. Nos irá invadiendo el desierto y su cortejo de miserias y de males.

El solo Consulado de Colombia en San Cristóbal expidió cerca de 12.000 permisos a venezolanos para emigrar a Colombia. Y hay dos consulados colombianos más en el Táchira. En San Cristóbal hay más de 300 casas desocupadas. La si-

tuación empeora a medida que uno se acerca a la frontera. En una sola calle de Ureña hay más de 60 casas desocupadas [...] llegaremos a la completa inopia.”

Claro que bastantes de las frías estadísticas de los años recientes podrían dar lugar a brochazos de desesperación semejantes, si en vez de leer las series numéricas escudriñáramos las conversaciones y los silencios de quienes sufren más agudamente los efectos de la crisis, o si acompañáramos a los camarógrafos de algún noticiero televisivo, fotografiando para el mundo las filas de muchachos que aguardan pacientemente a los camiones en los vertederos de basura, para rebuscar un poco de comida, algún trapo con el que vestirse, o un juguete abandonado con el que entretener la larga espera. Pero volvamos a los números, que a pesar de su frialdad y asepsia nos hablan sin embargo de promedios generales y de tendencias en el conjunto de la población.

Una cosa es hablar de lo que se produce y otra de lo que se demanda. Porque son bien conocidos algunos paraísos caribeños donde los turistas gozan de un sinfín de comodidades en hoteles, playas y comercios que les están vedados a los nacionales. Incluso dentro de la demanda agregada interna nos interesa escudriñar un poco el comportamiento de los hogares desde diferentes perspectivas. Así en un primer momento podemos comparar las proporciones del ingreso dedicadas a la adquisición de determinados tipos de bienes, e investigar más tarde cuánta ha sido la capacidad de ahorro de la población.

Respecto al consumo, el panorama es menos sombrío de lo que se podría esperar, dada la tendencia decreciente del salario real y del ingreso per cápita en los últimos años. El consumo privado, en términos reales (millones de bolívares anuales a precios de 1984), ha aumentado con bastante consistencia en los últimos treinta años como podemos comprobarlo en las cifras siguientes.

Niveles de consumo privado. Cuadro 6

Año	Consumo	Año	Consumo
1970	120.688	1993	327.345
1975	180.881	1994	316.772
1980	258.546	1995	315.720
1985	256.958	1996	301.812
1990	279.590	1997	317.245
1991	301.891	1998	317.082
1992	327.007		

Fuente: Banco Central de Venezuela (1990-1997; 1992-1994)

La explicación más obvia de las discrepancias entre la tendencia del salario real y la del consumo, podría ser que aquí estamos hablando de los ingresos totales de los hogares, incluida la remuneración al capital. Otro motivo de este incremento sostenido del consumo, que sin embargo se estanca a partir de 1994, puede deberse a una mezcla de inseguridad y provisionalidad, creada entre otros elementos por el

panorama ya habitual de la inflación, y las tasas reales negativas que perciben los ahorristas. Se prefiere gastar lo que se tiene, que depositar en el banco un dinero que un año después va a valer menos.

En este último sentido es significativo que las estadísticas oficiales den cifras negativas para el ahorro entre 1993 y 1998, y que incluso en los años donde éste es positivo, no supere en la década de los noventa el 4 por ciento del ingreso de los hogares, mientras que en 1980 era casi el 14 por ciento. Claro que, por otra parte, el Banco Central tiene más posibilidades de calcular el ahorro privado que se mantiene en el país, que los ahorros depositados en instituciones financieras extranjeras. En este sentido, los abruptos descensos recientes de la tasa de ahorro pueden esconder una significativa fuga de capitales, por motivos que básicamente se reducen a la desconfianza en el país, su capacidad productiva y sus gobernantes. En todo caso, sería dinero que se iría a financiar el aparato productivo de otros países, y que por tanto incidiría negativamente sobre las posibilidades de bienestar del venezolano medio.

Por fin, podemos escudriñar nuestros niveles de bienestar a partir del consumo, aceptando una regularidad observada entre el nivel de vida de un país y la proporción del ingreso privado dedicado a la compra de alimentos. De hecho, mientras mayor el primero menor es la proporción en cuestión.

Curiosamente, aquí las variaciones no han sido significativas. Desde 1970 esta relación oscila entre el 25 por ciento y el 30 por ciento. Colocándonos en el panorama mundial, estamos mejor que países como Argentina y México (alrededor del 40 por ciento en 1995) y, por supuesto muy lejos de casos extremos como Bangladesh (63 por ciento), Bolivia (72 por ciento) y Angola (74 por ciento), aunque lejos también de países como Holanda (13,6 por ciento), Canadá (13,4 por ciento) o Luxemburgo (12,8 por ciento).

En el otro extremo, el porcentaje de los ingresos familiares dedicado a recreación o esparcimiento nunca llega en los últimos años al 4 por ciento, y hay ocasiones en las que apenas supera el 1 por ciento. Los valores más altos se dan en Liechtenstein (16,3 por ciento), el Reino Unido (15,9 por ciento) y Groenlandia (15,5 por ciento).

Pero los ingresos personales no son la única fuente de bienestar. Mucho menos en países como Venezuela, donde el Estado se ha beneficiado por muchos años de ingresos provenientes de la renta petrolera, no relacionados directamente con el esfuerzo de sus factores productivos. Algo de esto es lo que vamos a considerar en la próxima sección.

Estado benefactor

Algunos autores, al estudiar la evolución de los indicadores económicos en los países latinoamericanos, constatan la presencia de una evidencia empírica equívoca o ambigua, ya que los indicadores del ingreso muestran una alarmante tendencia a la agudización de la pobreza, mientras los indicadores sociales sugieren

un mayor bienestar. Por eso vamos a considerar algunos otros elementos, diferentes a los mencionados hasta ahora, que tienen también un claro influjo sobre el bienestar global de la población. Básicamente tienen que ver con los servicios prestados por los sucesivos gobiernos a la colectividad, cuyos costos no son asumidos por ésta sino en una mínima proporción.

Comencemos por los primeros años del siglo XX, correspondientes al gobierno de Juan Vicente Gómez. En general, da la impresión de que los historiadores, y sobre todo los políticos, han sido mucho más duros al enjuiciar aquellos años que el hombre común que vivió en la Venezuela de aquel tiempo. Sin adentrarnos en una polémica que no viene al caso dilucidar aquí, podríamos convenir en que Juan Vicente Gómez fue en algunos casos autor, y en otros afortunado beneficiario, de tres realidades que han contribuido significativamente a que Venezuela entrara en la modernidad.

*Estamos otra vez
a niveles de 1950...*

En primer lugar, la erradicación del caudillismo y el logro nada desdeñable de la paz. Hasta entonces, la actividad económica era casi apenas un pasatiempo entre dos guerras. Tal como nos recuerda J. L. Salcedo Bastardo en su *Historia fundamental de Venezuela*:

“Desde 1830 a 1935, no hay en Venezuela ni siquiera un solo lustro continuo de paz estable. Cuatro cortos lapsos: 1839-40, 1842-43, 1924-27, y 1932-35, son los únicos tiempos sin grandes violencias. Los demás años relativamente ‘tranquilos’ son años sueltos que, en esos veintiún lustros, con dificultad sobrepasan la docena (1850, 52, 76, 90, 91, 93, 94, 97, 1904, 6, 9, 10): en ellos decae la acción destructiva o, mejor, se respira para la próxima acometida, posiblemente más terrible que la pasada. Un ochenta por ciento del período de la Contrarrevolución se consume en agitación y desastre.”

Naturalmente que la paz no se lograba en esos años en congresos donde se dirimían civilizadamente las disidencias, sino que se obtenían a base de derrotar, encarcelar o desterrar al contrario. Pero no deja de ser verdad que la actividad económica toma un ritmo mucho más estable a partir de aquel período.

Otro logro significativo de Juan Vicente Gómez, que ayuda a expandir e integrar los mercados en una dimensión desconocida hasta entonces, es la construcción de una red de carreteras en todo el territorio nacional.

“Las obras de vialidad realizadas bajo la presidencia de Juan Vicente Gómez unificaron el sistema de carreteras de varios estados [...] aprovechando los segmentos carreteros preexistentes. Tres fueron los grandes sistemas establecidos, tomando como origen a Caracas: *a*) la llamada Gran Carretera Occidental (o Transandina) uniendo Caracas a San Cristóbal con una longitud de 1.529 km; *b*) la llamada Gran Carretera del Sur, uniendo Caracas a San Fernando de Apure, con una longitud de 490 km; *c*) la Gran Carretera Oriental de 800 km, uniendo Caracas a Ciudad Bolívar” (José R. Alegrett. *Diccionario de Historia de Venezuela*).

Esta red se mejoró y acrecentó en el transcurso de los años. Tal como nos lo indica Rómulo Alemán, la red vial pasó de 6.618,8 km en 1947, a 36.306 km en 1967, y las carreteras pavimentadas aumentaron de 1.366 a 17.048,4 en el mismo período. Desde 1967 a 1976 la red aumentó a 63.357,4 km... En el año 1996 Venezuela contaba con 94.929,3 kilómetros de vías terrestres, de los cuales estaban pavimentados 33.600,3 km (35,4 por ciento).

Otro hecho fundamental, al que Gómez asistió como testigo y beneficiario más que como actor, fue la explotación del petróleo. En 1920 no alcanzaba siquiera el 2

por ciento del valor de las exportaciones, pero ya en 1930 superaba el 80 por ciento. En términos cuantitativos, se pasa de producir 500.000 barriles en 1920 a 186 millones en 1937.

Con la excepción del trienio 1945-1948, cuando un golpe de Estado desemboca en un efímero período democrático, los primeros sesenta años son de gobiernos militares. Todavía hoy se realizan de vez en cuando comparaciones globales entre los logros de la dictadura y los de la democracia con resultados disímiles. En todo caso, según los parámetros convencionales, podríamos señalar como uno de los indicadores que reflejan un cierto nivel de desarrollo económico y político el que, a diferencia de muchos otros países latinoamericanos, Venezuela haya mantenido durante cuarenta años un sistema democrático de gobierno, con aceptación genera-

Es casi seguro que en la primera mitad de este siglo los niveles de indigencia fueron aún mayores, pero no tenemos datos suficientes para compararlos con el presente... El primer mapa de la pobreza se elaboró en 1993 a partir de los datos del Censo 1990

lizada de la alternabilidad de diversos partidos políticos en el poder. Esto por sí solo es reflejo a su vez de un cierto nivel de bienestar económico asumido como tal por la población, pues un régimen democrático sólo se puede sostener con el apoyo al menos implícito de los diversos sectores y estamentos sociales de la población.

En lo que también ha mejorado ostensiblemente la situación en la última mitad del siglo, al menos al nivel cuantitativo, es en la prestación de servicios públicos fundamentales y en la ampliación del acceso a los mismos por sectores cada vez más numerosos de la población. Claro que esto no se debió a que existiera un tipo u otro de gobierno, sino a las ideas barajadas en los foros internacionales convocados al finalizar la Segunda Guerra Mundial, donde se enfatizó la necesidad de instrumentar mecanismos que aceleraran el desarrollo y suavizaran las diferencias entre los diversos países y clases sociales

Favorecieron esta tendencia las corrientes socialdemócratas, en el campo político, y la teoría económica en boga, con la recuperación consecuente de una función planificadora y una actitud más intervencionista por parte del Estado benefactor. Fijémonos más en detalle en algunos aspectos relacionados con los servicios básicos de educación, salud y vivienda para el caso venezolano.

Dentro de los indicadores sociales ocupa un lugar especial la educación, porque se piensa que es una herramienta fundamental para mejorar la capacidad del capital humano, mejorar su productividad e incrementar sus ingresos. El nivel ín-

fimo de los indicadores utilizados en esta área lo ocupa la capacidad de leer. Aun reconociendo que dentro de los alfabetizados se pueden encontrar distancias abismales en el terreno cultural, y que los medios de comunicación radiales y televisivos pueden hacer que un analfabeto obtenga un cúmulo importante de información, que le ayude a manejarse en la vida diaria, todavía el saber leer es la puerta necesaria para acceder a otros niveles más elevados de educación y formación profesional.

No cabe duda de que los logros en esta área han sido significativos en el transcurso del siglo XX. Todavía en 1950 la tasa de alfabetismo apenas alcanzaba al 51,2 por ciento de la población. Pero los censos posteriores ven incrementarse esta cifra al 65,2 por ciento en 1960, al 77,1 por ciento en 1970, al 86 por ciento en 1980 y al 90,7 por ciento en 1990.

Claro que todavía una tasa de analfabetismo cercana al 10 por ciento cerrando el siglo XX no deja de ser significativa. Por otra parte, son de esperar diferencias regionales y por edades. Todavía en 1990 el analfabetismo es superior al 30 por ciento en personas mayores de 55 años y es cercana al 25 por ciento en el Delta Amacuro. También la tasa de asistencia escolar en la población de 7 a 14 años aumentó entre 1950 y 1990 del 58,5 por ciento al 89,4 por ciento.

En líneas generales, el acceso a la educación ha crecido consistentemente en términos absolutos a lo largo de los años. Sin embargo, todavía hay una concentración importante en los niveles educativos más bajos, y las cifras relativas dejan bastante que desear. Así en el curso 1995-1996 nos encontramos con 4.120.418 alumnos en Primaria, 329.287 en Secundaria y 708.039 en Superior. Por otra parte, entre 1985 y 1995 los estudiantes en cada uno de estos tres niveles crecieron en un 16,4 por ciento, 22,6 por ciento y 61,32 por ciento, frente a un crecimiento global de la población del 29 por ciento en ese mismo período.

Los matriculados en el sistema educativo como porcentaje de los grupos de edades en los que se supone que se deben atender los niveles sucesivos fueron en 1993 del 96 por ciento para la primaria, 35 por ciento para la secundaria y 29 por ciento para la educación superior. En 1995 el gasto en educación supuso el 5,2 por ciento del Producto Nacional Bruto, y el 22,4 por ciento del gasto público. Se dio además la peculiaridad recurrente de que el 32,8 por ciento del Presupuesto del Ministerio de Educación fuera a las universidades y sólo el 9,26 por ciento a la Primaria. Eso a pesar de que sólo el 64,71 por ciento de la educación superior es oficial, frente al 82,95 por ciento de la primaria.

En relación con la salud, ya al hablar de las características generales de la población hemos indicado la evolución positiva de la esperanza de vida, y la modificación de las causas principales de los decesos, de acuerdo a la pauta seguida por los países más desarrollados. Esto indica que a lo largo del siglo se han logrado avances importantes en las áreas de alimentación, higiene, saneamiento ambiental, control de epidemias, acceso a centros de salud, medicina preventiva y curativa.

Aunque ni en éste ni en otros servicios hayan avanzado siempre al mismo ritmo la cantidad y la calidad, no cabe duda que las posibilidades de ser atendido en un centro asistencial son hoy mucho mayores que a comienzos de siglo, la cobertura de los seguros de hospitalización y cirugía es más amplia, y la población atendida es mucho más extensa.

A pesar de la crisis que ha aquejado en los últimos años al Seguro Social y a los hospitales públicos, uno y otros siguen prestando atención básica a muchas personas que de otra manera habrían quedado abandonadas a su suerte. En este sentido, y con todas las matizaciones del caso, podemos afirmar que todavía al cierre del siglo XX las instituciones públicas de salud atendían al 90 por ciento de la población. En 1994 correspondía un 49 por ciento al Ministerio de Salud y Asistencia Social (MSAS), un 32 por ciento al Instituto Venezolano de Seguros Sociales (IVSS), un 3 por ciento al Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación (IPASME), un 1,6 por ciento al Instituto de Previsión Social de las Fuerzas Armadas (IPSFA), un 0,25 por ciento al Instituto Nacional de Geriátrica y Gerontología (INAGER), y un 4,15 por ciento a un conjunto de pequeñas instituciones. En cambio a los centros privados, dados sus altos costos, sólo acude un 10 por ciento.

A la muerte de Gómez Venezuela contaba con 3.644 camas (1 por cada 1.000 habitantes) y 51 hospitales. En 1993 el número total de camas era de 52.751 (2,4 por cada 1.000 habitantes), y el de hospitales 612. Un avance nada espectacular, pero avance al menos.

Podemos mencionar también que en 1995 el 88 por ciento de la población tenía acceso a agua potable, aunque sólo el 55 por ciento gozara de servicios convencionales de saneamiento. Por otra parte, el gasto público en salud disminuyó entre 1960 y 1990 del 2,6 por ciento a sólo el 2 por ciento del Producto Nacional, lo cual supone una de las proporciones más bajas en América Latina, sólo superior a la de Perú (1,9 por ciento), Colombia (1,8 por ciento), México (1,6 por ciento) y Paraguay (1,2 por ciento). Las proporciones más altas las ostentan Nicaragua (un sorprendente 6,7 por ciento), Chile (3,4 por ciento), Haití (3,2 por ciento) y Cuba (3 por ciento).

Por otro lado, las exigencias nutricionales están todavía por debajo de los niveles considerados internacionalmente como suficientes o satisfactorios. Para el trienio 1990-1992 la insuficiencia alimentaria según la FAO era de un 4,6 por ciento, mientras que la promedio de América Latina era del 3 por ciento. Para 1996 estábamos un 5 por ciento por debajo de los requerimientos promedio de calorías. También aquí se ha notado un deterioro en la última década, cuando por ejemplo el peso insuficiente en recién nacidos ha aumentado del 9,6 por ciento al 13 por ciento.

Concluamos este conjunto de observaciones aisladas sobre los servicios públicos recogiendo algunos datos sobre la vivienda.

Entre 1950 y 1990 el promedio de personas por vivienda ocupada apenas bajó de 5,3 a 5,1. Por otra parte a lo largo de los años ha mejorado notablemente la calidad y estabilidad de las viviendas, el tipo de materiales utilizados en la construc-

ción, el asfaltado y construcción de vías de acceso (escaleras etc...) incluso en las zonas marginales, así como el suministro de agua, luz, aseo urbano, transporte y otros servicios básicos, aunque algunos de estos servicios lleguen a veces por vías irregulares y espontáneas, al margen de los mecanismos de mercado. El consumo per cápita de kilovatios hora aumentó por ejemplo de 2.379 a 3.422 (43,84 por ciento) entre 1980 y 1995. Por poner algún término de comparación esa cifra alcanzaba, para 1995, 12.660 kilovatios hora en los Estados Unidos y 1.324 en Albania.

También los gobiernos han prestado una atención especial a los programas de vivienda popular. Para este menester ya en 1928 nació el Banco Obrero, convertido a partir de 1975 en el Instituto Nacional de la Vivienda, y se crearon con el tiempo diversos mecanismos de financiamiento que facilitarían la adquisición de un hogar a las familias más necesitadas. Aun así, el déficit habitacional queda reconocido en las estadísticas oficiales de manera indirecta al indicar, por ejemplo, que en 1996 un total de 193.712 viviendas (el 4,4 por ciento del total) albergaban en un solo dormitorio a cinco o más personas.

Regresando de los detalles a la perspectiva general, podemos decir que el crecimiento de los servicios públicos ha generado en muchos países algunos problemas que, como es normal en estos casos, han afectado más severamente a quienes gozan de un menor nivel de desarrollo.

Hay que resaltar en primer lugar la tensión, que ya ha sido apuntada de modo pasajero anteriormente, entre cantidad y calidad. Es frecuente, por mencionar un caso patente, escuchar quejas sobre el progresivo deterioro de la calidad educativa. Sin ignorar que las causas de este fenómeno son múltiples y complejas, es evidente que la obligatoriedad de la educación básica para todos los ciudadanos puede facilitar el que una proporción significativa de estudiantes vaya pasando de nivel año tras año sin que cumpla adecuadamente los requisitos de suficiencia esperados.

Ya que no se puede dejar a nadie atrás, se pasa administrativamente a quien no se lo merece académicamente, o se baja cada vez más el nivel de exigencia para disminuir el número de aplazados.

Incluso países como Estados Unidos están comenzando a clasificar implícitamente las universidades en dos categorías: las que ofrecen un título para los que socialmente necesitan estar graduados en educación superior; y las instituciones de primera, donde se forman las élites que van a constituir los sectores de punta en las diversas disciplinas.

Unido al problema de la calidad se encuentra el del financiamiento. Incluso en los países más desarrollados, cada vez resulta más difícil mantener los cuantiosos

Es importante mejorar el nivel formativo y cultural promedio de la población. Es indispensable crear confianza en las instituciones. Es impostergable modificar esa mentalidad rentista que todo lo espera de los otros, y responsabiliza a los demás por todo lo que pasa. Hay, en fin, que tener un sólido sistema de valores para ser honesto y responsable en un entorno que premia y celebra a quien no lo es.

subsidios que el ciudadano medio exige al Estado benefactor, y cada vez son más significativos los recortes presupuestarios en estas áreas. Fijándonos ahora en el área de salud, los incrementos espectaculares en la esperanza media de vida hacen cada vez más onerosos los programas de jubilación. Y la sofisticación de los equipos hospitalarios modernos hace también que se pueda prolongar por largo tiempo una vida precaria en personas que hace apenas medio siglo serían desahuciadas. La manifestación extrema de esta tendencia es el agudizamiento constante de los debates en torno a la eutanasia.

Desde 1936 hasta el 61, la población va aumentando como consecuencia de una mejora progresiva de los niveles de vida. Pero entre 1961 y 1990 esta tasa comienza a disminuir.

En Venezuela este problema se ha hecho mayor en los últimos años debido a la evolución de los precios del petróleo. En el espejismo creado por la bonanza de los setenta y los ochenta, la sobreabundancia de recursos permitió subsidiar un conjunto de bienes y servicios a unos niveles que la población se acostumbró a percibir como derecho adquirido, y a los que en los años en que la tendencia de los precios es estacionaria o descendente, se resiste a renunciar. Nos encontramos frente a la mentalidad rentista, sobre la que muchos autores han disertado con penetración y acierto en

las últimas décadas. Esto, unido a la poca flexibilidad política y legal que tiene el sector público para reestructurar el personal en sus instituciones, y a la falta de recursos para liquidar a personas que ya no cumplen ninguna función productiva dentro del sistema, ha hecho que la ineficiencia en los servicios públicos haya alcanzado en los últimos años cotas alarmantes.

Por otra parte, las circunstancias han llevado a que su costo caiga cada vez en mayor proporción sobre los hombros del ciudadano medio. Para comprobarlo, basta ver cómo ha evolucionado la composición del ingreso fiscal en los últimos años.

Todavía en 1990 el 82,2 por ciento procedía del impuesto sobre la renta petrolera y de la renta de hidrocarburos. Para 1998, incluso incluyendo los dividendos de PDVSA, los ingresos petroleros del Gobierno Central se habían reducido al 37,78 por ciento. En cambio el impuesto sobre la renta no petrolera había crecido en ese mismo período del 5,86 por ciento al 12,39 por ciento, y los impuestos indirectos al 45 por ciento.

Aunque desde la perspectiva de un país no petrolero todavía el aporte de los contribuyentes al fisco es relativamente moderado, el ciudadano común, acostumbrado por muchos años a depender de un Gobierno que vivía de las rentas, no ha logrado todavía acostumbrarse a este nuevo escenario.

Por otra parte, salta a la vista el crecimiento desigual de los impuestos directos e indirectos. Estos últimos se han desarrollado más porque su recaudación es más sencilla y su flujo más continuo, pero es asimismo universalmente reconocido su carácter socialmente regresivo, ya que pecha por igual a todos los sectores sociales, mientras que el impuesto sobre la renta recae en mayor proporción sobre quien tiene más. Eso sin tomar en cuenta que los sectores más acomodados son quienes

poseen más mecanismos para disminuir o evadir su aporte fiscal, a veces basados en triquiñuelas legales, y otras veces apoyados directamente en el soborno, el cohecho y el fraude.

Esto nos da pie para abordar en forma explícita un problema fundamental a la hora de hablar del bienestar, que aunque ha estado latente en los apartados anteriores ha permanecido en la penumbra. Nos referimos al tema de la distribución del ingreso, la pobreza y la desigualdad.

Distribución del ingreso y pobreza

La distribución del ingreso puede ser abordada en un primer momento considerando cómo está distribuido entre los factores productivos, es decir, entre quienes obtienen beneficios por el capital, y quienes obtienen sueldos o salarios por su trabajo.

Al respecto, hay que tener en cuenta que es mucho más fácil conseguir datos confiables sobre la remuneración al trabajo que sobre la remuneración al capital. Por eso es frecuente calcular las cifras sobre este último renglón como un residuo. En otras palabras, a partir de las cifras conocidas sobre el gasto, se infiere lo que ha debido ser el ingreso. Es evidente que en esta forma de calcular pueden filtrarse algunos errores, por los que se atribuya a beneficio del capital lo que en realidad corresponde a otros renglones.

En segundo lugar, la distribución factorial del ingreso no dice demasiado sobre la distribución personal, ya que muchas personas pueden obtener remuneraciones simultáneamente por su trabajo y por sus ahorros e inversiones.

Por fin, nos puede servir tener como término de comparación cuál es la distribución factorial en los países desarrollados. Allí alrededor del 70 por ciento del ingreso nacional se destina a la remuneración del trabajo. Esto no nos debe extrañar si tenemos en cuenta que en esa partida se incluyen no sólo los salarios de empleados y obreros, sino los de gerentes de empresas, políticos, médicos y abogados, deportistas o artistas.

A pesar de que también en Venezuela se incluyen las remuneraciones de todas esas profesiones, hace tiempo que su proporción está por debajo del 50 por ciento. Para considerar la evolución a lo largo de los años, vamos a recoger unas cuantas cifras representativas.

El año cuando la remuneración al trabajo comienza a recibir menos de la mitad, aunque el quiebre puede estar influenciado por el cambio de metodología de cálculo con el nuevo año base, es 1968. Además, es bastante claro el deterioro en los últimos años, donde esta proporción no llega siquiera al 40 por ciento.

Si pasamos de la distribución factorial al reparto del ingreso entre los diversos sectores de la población nos encontramos con una desigualdad bastante consistente en los últimos cuarenta años (ver Asdrúbal Baptista, 1997). Esta no se agudiza, pero tampoco se revierte. Para apuntar algunas cifras, el 5 por ciento más pobre de

la población recibía el 0,57 por ciento del ingreso en 1962, y apenas aumentó su participación al 0,64 por ciento para 1995. Algo parecido podemos decir respecto al 5 por ciento de ingresos más altos, que en esos 35 años descendió apenas del 27,21 por ciento al 27,01 por ciento. Es decir, que el 5 por ciento de la población ha obtenido a lo largo de todo el período más de la cuarta parte del ingreso.

Participación del trabajo en el ingreso nacional. Cuadro 7

Año	%	Año	%	Año	%
1950	58,04	1975	43,21	1992	39,29
1955	54,69	1980	45,89	1993	39,05
1960	58,71	1985	41,06	1994	36,85
1965	54,55	1990	33,44	1995	37,80
1970	47,56	1991	37,18	1998	32,64

Fuente: Banco Central de Venezuela (1993).

Quizás el contraste se hace más llamativo si comparamos el 90 por ciento inferior de la población, que nunca llega a acumular el 60 por ciento del ingreso, con el 10 por ciento más rico que siempre acapara más del 40 por ciento del mismo. Por otra parte, las cifras sobre distribución no confirman las opiniones de quienes afirman que en los últimos años la clase media está perdiendo fuerza, o que se está polarizando la desigualdad, aunque haya disminuido la capacidad adquisitiva de todos los grupos que tienen la mayor parte de sus activos en moneda nacional.

Si comparamos las cifras de los últimos años con las de otros países, nos encontramos con resultados muy variados. Así por ejemplo, Estados Unidos y Alemania tienen una distribución muy semejante en el 10 por ciento más rico (25 por ciento y 24,4 por ciento del ingreso respectivamente) pero en cambio Estados Unidos es mucho más desigual en el 10 por ciento más pobre (4,7 por ciento del ingreso vs. 7 por ciento en Alemania). México es tan desigual como Estados Unidos en el 10 por ciento más pobre (4,2 por ciento del ingreso) pero hay mayor concentración en el más rico (39,2 por ciento del ingreso). No podemos concluir que la desigualdad va siempre unida a la pobreza y el subdesarrollo, ya que por ejemplo Paquistán tiene una distribución muy semejante a la de Alemania. Pero sí es verdad que en general es más fácil mantener altos márgenes de desigualdad en países política y económicamente menos evolucionados.

Existen diversos índices que nos ofrecen una visión global de los niveles de desigualdad, pero uno de los más utilizados es el coeficiente de Gini, que puede oscilar entre un extremo de perfecta igualdad o equidistribución (0) y la desigualdad total (1).

La estabilidad en la distribución que hemos percibido al dividir a la población en diez grupos que abarcan cada uno de ellos el 10 por ciento del total (lo que en estadística se designa como "deciles"), queda reflejada también en las escasas variaciones que se dan dentro del mencionado índice en Venezuela.

Entre 1962 y 1995 la variación va apenas de 0,587 a 0,590. Dentro de estas oscilaciones casi imperceptibles, el año de mayor desigualdad en el período 1975-1995 fue el primero de ellos (0,596) y el de menor desigualdad fue 1982 (0,563). Por otra parte, si colocamos una lupa sobre los últimos años podemos percibir una mayor desigualdad en 1994 y 1995 (0,591 de promedio) que en los tres años anteriores (0,574 de promedio).

También aquí podemos hacer algunas comparaciones con la situación de otros países. El Banco Mundial, que con un procedimiento ligeramente diferente calcula para Venezuela en 1990 un coeficiente de 0,538 (frente al 0,588 de A. Baptista) nos ofrece las siguientes cifras para un conjunto de países subdesarrollados:

Distribución familiar del ingreso en algunos países.

(Coeficiente de Gini). Cuadro 8

Más igualitarios	Gini	Más desiguales	Gini
Eslovaquia	0,195	Zimbabwe	0,568
Bielorrusia	0,216	Kenya	0,575
Rumania	0,255	Sudáfrica	0,584
Ucrania	0,257	Guatemala	0,596
Letonia y Hungría	0,270	Brasil	0,634

Fuente: Banco Mundial (1990-1997).

Saltan a la vista ciertas peculiaridades en ambos extremos. Por una parte, todos los países más igualitarios pertenecieron hasta hace pocos años a la esfera de influencia de la Unión Soviética. Todavía el sexto y séptimo lugar los ocupan Polonia (0,272) y Eslovenia (0,282). Los más cercanos de otras áreas son Bangladesh (0,283), Rwanda (0,289) y Sri Lanka (0,301).

Por el otro lado, nos volvemos a encontrar esa fatídica cercanía de África y América Latina con la que ya nos habíamos tropezado al hablar del crecimiento o, mejor dicho, de su ausencia. De hecho los dos países con mayor desigualdad son latinoamericanos. En este nada agradable entorno, Venezuela ocupa el undécimo lugar entre los países del mundo con mayor desigualdad. Lo superan, además de los cinco mencionados más arriba, Senegal (0,541), Lesotho (0,560), Guinea Bissau (0,562), Chile (0,565) y Panamá (0,566). El país latinoamericano con menor desigualdad es Bolivia (0,420).

Pero este último detalle nos vuelve a recordar que no es lo mismo igualdad que bienestar, ya que Bolivia es en ese año el país latinoamericano más pobre después de Nicaragua y Honduras. Por eso es necesario decir también algo sobre los niveles de pobreza.

La literatura reciente sobre cómo deben ser medidos los niveles de pobreza es muy abundante y dispersa, pero básicamente se van abriendo paso dos criterios. El primero de ellos se fija en la capacidad adquisitiva de los ingresos en referencia con algún tipo de cesta básica. El nivel mínimo es el que ni siquiera permite el acceso a

una canasta elemental, que contiene únicamente los requisitos alimentarios indispensables para sobrevivir. Quienes no alcanzan este nivel están en pobreza crítica. El segundo estrato se refiere a una cesta un poco más diversificada, que además de alimentos contiene necesidades básicas referentes a vestido, vivienda, transporte y otros rubros fundamentales.

Pero existe también otro criterio que no está basado directamente en los niveles de ingreso, sino en un conjunto de necesidades básicas insatisfechas. Antes de analizar con mayor detalle esta última tipificación de la pobreza, vamos a dar algunos

Aunque todavía el aporte de los contribuyentes al fisco es relativamente moderado, el ciudadano común, acostumbrado por muchos años a depender de un Gobierno que vivía de las rentas, no ha logrado todavía acostumbrarse a este nuevo escenario...

datos sobre la primera. Las líneas de pobreza alcanzan valores diferentes según la cantidad de artículos que se incluyan en cada cesta, y los precios que se asignen a cada uno de ellos. Periódicamente la prensa diaria ofrece algunas de estas cifras tomadas de diversas fuentes, que aunque no siempre coincidan en sus estimaciones dan siempre unos valores bastante altos al calcular el porcentaje de hogares venezolanos que se encuentra bajo las diversas líneas de pobreza.

Si nos fijamos en los cálculos del Centro de Documentación y Análisis de los Trabajadores (CENDA) nos encontramos con cifras alarmantes. En el primer semestre de 1998 el 82,35 por ciento de los hogares era pobre, y el 58,27 por ciento estaba en pobreza crítica o extrema. Un estudio reciente de la Universidad Católica

Andrés Bello (Matías Riutort, 1999) baja estas proporciones, para 1997, a 67,2 por ciento y 36,3 por ciento respectivamente.

Es posible que algunos cálculos estén sobredimensionados, o que haya personas que no satisfagan sus necesidades únicamente a través de sus ingresos, sino en parte a través del autoconsumo de los bienes que ellas mismas producen, y en parte a través de subsidios directos provenientes de diversos programas sociales. En todo caso, las cifras no dejan de ser espeluznantes.

Si analizamos la evolución de la pobreza hacia fines del siglo XX, vemos que, según cifras de la UCAB, ésta fue aumentando aceleradamente entre 1975 (33 por ciento de pobreza, y 13,1 por ciento de pobreza crítica) y 1995 (70,5 por ciento de pobreza, y 36,9 por ciento de pobreza crítica).

Profundizando un poco más en estas cifras, podríamos preguntarnos cuál es la brecha entre la situación real y las líneas de pobreza, ya que estando debajo de ella todavía los hogares se pueden encontrar a una distancia mayor o menor del límite. Para percibir esta situación es normal utilizar índices de brecha, que indican en porcentajes cuán alejado se encuentra el promedio de los hogares de las diferentes líneas de pobreza. Si, por ejemplo, una línea de pobreza estuviera definida por un ingreso de Bs. 100.000 al mes, y el promedio de los hogares que no lo alcanzan fuera de Bs. 80.000, diríamos que la brecha es de Bs. 20.000, en términos porcentuales, de un 20 por ciento. Siguiendo este criterio, en 1975 la brecha de quienes estaban por

debajo de la cesta alimentaria era de un 13,4 por ciento, mientras que en 1995 ascendió a 35 por ciento, es decir, que en promedio los pobres apenas ganaban en ese año dos terceras partes de lo que necesitarían para alimentarse a un nivel de supervivencia. La brecha respecto a la cesta más amplia pasó durante el mismo período de un 4,7 por ciento al 14,3 por ciento.

Es casi seguro que en la primera mitad de este siglo los niveles de indigencia fueron aún mayores, pero no tenemos datos suficientes para compararlos con el presente. Por otra parte, hay que tomar en cuenta un aspecto no mencionado hasta ahora, pero que ha ido adquiriendo una importancia cada vez mayor en los estudios recientes. Nos referimos a los aspectos subjetivos de la pobreza, que se han ido agravando con el paso del tiempo. Los contrastes de las grandes ciudades, y el bombardeo incesante de los medios de comunicación para estimular un mayor consumo de bienes, han hecho que el conjunto de la población perciba cada vez más agudamente sus carencias. Esto, además de incrementar la sensación de pobreza, genera un malestar y un resentimiento que va socavando progresivamente los cimientos de la estabilidad social.

La medición de la pobreza a través de las necesidades básicas insatisfechas ha sido llevada a cabo sobre todo por organismos oficiales tales como el Ministerio de la Familia y la Oficina Central de Estadística e Informática.

El primer mapa de la pobreza se elaboró en 1993 a partir de los datos del Censo 1990. Allí las necesidades básicas se agrupaban en cinco categorías.

1. Hogares con niños en edad escolar (7 a 12 años) que no asisten a la escuela.
2. Hogares en hacinamiento crítico (más de 3 personas por cuarto para dormir).
3. Hogares en viviendas inadecuadas (ranchos, casas de vecindad, *trailers*, remolques, embarcaciones, carpas, cuevas).
4. Hogares en viviendas sin servicios básicos (agua potable y eliminación de excretas). En el área urbana se exige acceso a ambas facilidades, y en el área rural al menos a una de ellas.
5. Hogares con alta dependencia económica (más de tres personas dependientes de cada trabajador, con jefes de hogar que no hayan alcanzado una escolaridad mínima de tres años).

Aquí los dos niveles de pobreza se miden por el número de necesidades insatisfechas. Una para los pobres genéricos, y dos o más para quienes padecen pobreza extrema.

Los resultados de este primer intento de medición dieron para todo el país un 38,52 por ciento de hogares pobres, y un 16,32 por ciento en pobreza extrema; cifras muy inferiores a las obtenidas a través de las canastas de consumo. La entidad con menos pobres era el Distrito Federal, seguido por Miranda y Aragua, mientras que los estados más pobres eran Delta Amacuro, Amazonas y Apure.

En los datos presentados por la Comisión Nacional para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, celebrada en Copenhague (Dinamarca) entre el 6 y el 12 de

marzo de 1995, las cifras sobre hogares en pobreza extrema habían aumentado al 18,8 por ciento.

Bajo cualquier criterio desde el que abordemos la cuestión, es evidente que el país no ha sido capaz de solucionar muchos de sus problemas básicos en el siglo XX, y que en los últimos años el panorama general en vez de mejorar ha sufrido un deterioro sensible. Algo de esto vamos a recoger en el último apartado, referido a los índices de desarrollo y bienestar utilizados en sus informes anuales por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Desarrollo humano y bienestar

Pero antes vamos a mencionar un Índice de Bienestar Social, creado por la OCEI en 1992, que ha quedado truncado sin perspectivas de continuidad. Para calcularlo, se seleccionaron un conjunto de áreas indicativas del grado de bienestar alcanzado por una sociedad: salud, nutrición, educación, empleo e ingreso, vivienda y servicios, seguridad.

Dentro de cada área, fueron seleccionados aquellos indicadores donde se percibían los mayores obstáculos para alcanzar la meta. Luego se transformaron los datos en una escala de puntuación del 0 al 20. El cero se adjudicó al deterioro máximo ocurrido en el período considerado, y el veinte a los valores alcanzados por otros países más desarrollados. Por fin se calcularon índices de brecha, o porcentajes entre un puntaje específico y el 20. El *Índice de Bienestar Social* se obtuvo como un promedio simple, sumando las brechas de área y dividiéndolas entre el número de áreas. Los resultados para los siete años en los que se recogieron cifras para todas las áreas son los siguientes:

Índice de bienestar social. Cuadro 9

1981	61,30	1985	62,33
1982	60,66	1986	63,31
1983	55,84	1987	64,06
1984	59,02		

Fuente: OCEI (1993)

Las brechas se van estrechando, y por tanto el bienestar va aumentando, hasta 1983, año en que entre otras desgracias el bolívar comienza su carrera devaluacionista acelerada, y a partir de entonces se van agrandando. Llama la atención asimismo la amplitud de las brechas, que en todo momento superan al 50 por ciento, lo que indicaría que las expectativas no están siendo satisfechas ni siquiera a medias.

Pero este *Índice de Bienestar Social* fue flor de un día. Hoy la OCEI colabora con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en la elaboración de un *Índice de Desarrollo Humano* bajo criterios semejantes para un conjunto de países. Es probable que en las próximas décadas este índice se convierta en una

referencia obligada, cuando se quiera definir la situación de desarrollo de un país en el contexto mundial. Aunque los *Informes sobre Desarrollo Humano* publicados por el PNUD contienen todo un conjunto de indicadores, algunos de los cuales han sido utilizados en las secciones anteriores de este trabajo, vamos a concentrarnos ahora en sus aspectos más globales.

Entre éstos, el más específico del PNUD es el Índice de Desarrollo Humano (IDH), que es un promedio simple de tres indicadores: esperanza de vida, logro educacional (un combinado de alfabetización y escolarización) y PIB real per cápita.

Hay además un Índice de Desarrollo Relativo al Género (IDG), que toma en cuenta la diversidad entre hombres y mujeres en cuanto a la esperanza de vida, la tasa de alfabetización y la tasa bruta de matriculación en diversos niveles educativos; y un Índice de Potenciación del Género (IPG), donde se considera además la participación relativa de la mujer en la representación parlamentaria, en puestos administrativos y ejecutivos, y entre los profesionales y técnicos. Sin adentrarnos en la forma de calcular dichos índices, podemos decir que sus extremos pueden variar entre cero (0) y uno (1), y que la mujer está en mejor situación en los países donde cada uno de estos dos índices es más alto. Veamos algunos datos sobre la situación absoluta y relativa de Venezuela en el conjunto de las naciones.

Colocándonos en un contexto de 174 países, Venezuela ocupa en 1995 el puesto 46 en cuanto al Índice de Desarrollo Humano, con un valor de 0,860. La situación ha mejorado sensiblemente a partir de 1960, cuando el IDH apenas alcanzaba un valor de 0,6.

Los cinco países más desarrollados son Canadá, Francia, Noruega, Estados Unidos e Islandia, con valores del IDH que oscilan entre 0,960 y 0,942; y los cinco menos desarrollados Burundi, Mali, Burkina Faso, Níger y Sierra Leona (0,185).

La clasificación venezolana según este Organismo es bastante halagadora. Dentro del área latinoamericana y del Caribe se encuentran por delante únicamente Barbados (puesto 24), Antigua y Barbuda (29), Chile (31), Bahamas (32), Costa Rica (34), Argentina (36), Uruguay (38), Trinidad y Tobago (40), y Panamá (45).

El promedio de América Latina y el Caribe es 0,831; lo cual nos coloca por encima del promedio mundial (0,772), pero por debajo de los países industrializados (0,911) y del Asia Oriental excluida China (0,883; con China que tiene un IDH de 0,650 y una enorme proporción de la población del área, el promedio baja a 0,676).

En relación con el Género, al que hemos dedicado poca atención en nuestras reflexiones anteriores, nuestra situación desmerece ligeramente en cuanto al IDG (0,790), aunque subamos tres puestos (43), y es bastante deprimente en lo relativo a la Potenciación del Género o calidad de la presencia de la mujer en el área económica, política y administrativa o gerencial (0,414).

Todavía en 1950 la tasa de alfabetismo apenas alcanzaba al 51,2 por ciento de la población. Pero los censos posteriores ven incrementarse esta cifra al 65,2 por ciento en 1960, al 77,1 por ciento en 1970, al 86 por ciento en 1980 y al 90,7 por ciento en 1990.

Respecto al IDG cambian ligeramente los primeros puestos y los últimos. Vuelve a ocupar la cabeza el Canadá (0,940) seguido esta vez por Noruega, Islandia, Suecia y Finlandia (0,929). Los últimos puestos vuelven a estar ocupados por países africanos, manteniéndose una vez más en el fondo Sierra Leona (0,165).

Claro que no todos los países están representados. Falta por ejemplo el Afganistán de los Talibanes. Pero, en contra de lo que suele ser la imagen convencional entre los occidentales, otros países musulmanes no quedan mal clasificados, aunque todos queden algo por debajo de Venezuela. Podemos mencionar como ejemplo

a Kuwait (0,773), los Emiratos Árabes Unidos (0,718), Irán (0,643) o Siria (0,638). También encontramos cifras menos alentadoras en Iraq (0,443), Pakistán (0,399) o Yemen (0,336).

El promedio de América Latina y el Caribe es en este caso 0,762; lo cual supera de nuevo el promedio mundial (0,736), pero se sitúa por debajo de los países industrializados (0,888) y del Asia Oriental excluida China (0,832).

En el IPG todas las cifras bajan considerablemente. Ahora los países más evolucionados (Suecia y Noruega) apenas alcanzan un 0,790. Aunque nos favorece en la clasificación el que algunos países que nos han precedido en los rangos anteriores no presenten datos, aún así bajamos al puesto 62. Visto desde el otro extremo, y tomando en cuenta únicamente a los países cuyo índice aparece en el informe, sólo 40 países están por debajo de nosotros. Por otra parte, el conjunto de Latinoamérica no queda muy bien parado, ya que sólo 2 países superan la cota del 0,500: Cuba (0,523) y Costa Rica (0,503).

Pero nos superan también en orden de mayor a menor índice (no hay datos sobre Argentina) El Salvador, Guatemala, México, Colombia, Panamá, Perú, República Dominicana, Uruguay y Chile.

Por otra parte, el desarrollo es uno de los temas de implicaciones más amplias en el área económica, política, social, cultural e institucional, y prácticamente no hay ningún elemento de la vida que no quede afectado por el hecho de vivir en un país más o menos desarrollado. El que nos hayamos detenido en los análisis del PNUD se debe a que ahí se reflejan los alcances y límites de los indicadores propuestos por las Naciones Unidas para medir el grado de desarrollo de diversos países, aunque en una cuestión tan polifacética cualquier indicador será siempre deficiente. En todo caso, vamos a detener aquí nuestra exposición.

Conclusión

¿Qué cabe concluir tras todo este recorrido? Si fuéramos a recoger la impresión global en pocas pinceladas, podríamos resaltar los siguientes aspectos.

En términos generales, resulta difícil negar que el venezolano promedio vive mejor a finales del siglo veinte que cien años atrás. Tiene mayor esperanza de vida, ha ampliado sus niveles de producción y de consumo, goza de un entorno político y

Claro que mucho depende del punto de partida.

Si comparamos a la Venezuela de hoy con la de comienzos de siglo, el progreso es significativo.

social más evolucionado, percibe mayores ingresos, y tiene un acceso más fluido y cabal a los servicios básicos de educación, salud y vivienda.

Por otra parte, este camino no siempre ha sido ascendente. En los años cincuenta éramos el país latinoamericano con mayor ingreso per cápita, mientras que varias veces en los años noventa hemos quedado últimos en cuanto a crecimiento del ingreso, valor de cambio de la moneda, o estabilidad de precios. En este sentido, hemos perdido en pocos años algunos de los elementos positivos que habíamos acumulado en varias décadas.

Esta percepción negativa se agudiza aún más si nos fijamos en los factores subjetivos que condicionan la manera como cada persona valora su nivel de bienestar. La reducción de la movilidad social, y el deterioro en la capacidad adquisitiva, en las posibilidades de crecimiento, en los estímulos para el ahorro, o en la calidad de vida, ha hecho que se haya acrecentado el descontento, hasta poner en peligro las perspectivas futuras de una convivencia pacífica y estable.

Por otra parte, la brecha entre países se ha hecho cada vez mayor. Hoy las teorías económicas sobre el crecimiento agudizan su ingenio para tratar de explicar por qué se ha evolucionado de ese modo. Las reflexiones sobre la calidad del capital humano, los condicionantes del progreso tecnológico, o el entorno institucional, han cobrado importancia por los elementos que aportan para mitigar el desconcierto creado por el repetido fracaso de fórmulas curativas, propugnadas hace no mucho como mágicas. Frente a este panorama, han escaseado las propuestas constructivas que nos ayuden a salir de este laberinto, donde las desgracias se entrelazan en un inextricable entramado de causas y efectos, sin que nunca se llegue a saber con certeza cuáles y cuántas de las mil cabezas de la serpiente tienen que ser descuajadas para que muera el monstruo.

Un conocido filósofo moderno ha comentado hace poco, hablando imaginariamente con su hijo adolescente sobre el problema de la desigualdad: "No sé brindarte soluciones porque lo ignoro casi todo sobre economía; lo que me preocupa es sospechar que los economistas saben de economía pero lo ignoran casi todo sobre soluciones" (Fernando Savater, *Política para Amador*).

Se han escrito miles de páginas sobre la fragilidad de las naciones monoproductoras, la volatilidad de los precios de las materias primas, el deterioro de los términos de intercambio, nuestra ubicación secundaria en el nuevo orden económico internacional, la crisis de la deuda, la ineficiencia e insolvencia de un sector público sobredimensionado, la pequeñez e insignificancia de un sector privado carente de capital y malacostumbrado al proteccionismo y a los subsidios, la debilidad e inconsistencia de la sociedad civil, los efectos perversos a corto plazo de los programas monetaristas de ajuste y estabilización, las tendencias inerciales de la inflación, o la inflexión negativa de las expectativas de inversión.

Para colmo, en la época de la globalización la teoría económica se ha ido haciendo, paradójicamente, cada vez más elitista y sectorializada. Frente a los

especialistas del pasado, que en su misma formación tenían algo de poetas y filósofos, convencidos del carácter humano y social de su disciplina, e interesados por los aspectos jurídicos, éticos y políticos del entorno donde se toman las decisiones económicas, ha ido prosperando en los últimos años un academicismo que utiliza símbolos y modelos matemáticos cada vez más complejos en lugar de relatos y palabras, que desecha como inútil lo que no puede ser cuantificado, y que observa los devaneos del ser humano con la meticulosidad entre curiosa e indiferente de un conductista de la vieja ola.

Por otra parte, nunca se puede perder la esperanza de que los habitantes del planeta a finales del siglo XXI recuerden compasivamente nuestros temores de hoy, con la misma condescendencia con la que leemos actualmente las previsiones apocalípticas de Thomas Malthus, o las debacles y conflictos insuperables pronosticados por Karl Marx. En todo caso, nuestra tarea en el futuro inmediato es mucho más elemental: recuperar los niveles de vida y esperanza, que aún teníamos hace pocos años.

La honestidad intelectual impide concluir ofreciendo, desde la tranquilidad de un escritorio, una serie de remedios que ayuden a solucionar nuestros males y carencias. Todos conocemos a grupos y personas que creían tener la solución, y se han estrellado cuando han tratado de ponerla en práctica. A primera vista parecería fácil mejorar nuestro nivel de vida en aspectos básicos y elementales, pero cuando se cuenta con los recursos necesarios se tropieza con limitaciones personales e institucionales que hacen prácticamente imposible avanzar con consistencia.

Es importante mejorar el nivel formativo y cultural promedio de la población. Es indispensable crear confianza en las instituciones. Es impostergable modificar esa mentalidad rentista que todo lo espera de los otros, y responsabiliza a los demás por todo lo que pasa. Hay, en fin, que tener un sólido sistema de valores para ser honesto y responsable en un entorno que premia y celebra a quien no lo es.

Algunos ejemplos de países que hace cincuenta años estaban peor que nosotros y hoy gozan en cambio de un mayor bienestar, nos pueden convencer de que es posible salir del atraso y el subdesarrollo a mediano plazo. Pero todo eso no busca minimizar las dificultades que se van a encontrar en la travesía. Lo importante es emprender el camino; las respuestas concretas las iremos aprendiendo o inventando en cada encrucijada.

BIBLIOGRAFÍA

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA (1990-1997): *Anuario de Cuentas Nacionales*.

— (1992-1994): *Series Estadísticas de Venezuela en los últimos cincuenta años*.

— (1993): *Estadísticas Socio-Laborales de Venezuela. Series Históricas 1936-1990*.

BANCO MUNDIAL (1990-1997): *Informe sobre el Desarrollo Mundial*.

BAPTISTA, ASDRÚBAL (1997): *Bases cuantitativas de la economía venezolana. 1830-1995*, Caracas, Fundación Polar.

COMISIÓN NACIONAL PARA LA CUMBRE MUNDIAL SOBRE DESARROLLO SOCIAL (1995): *Venezuela ante la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (Copenhague)*.

ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (1993-1999): *Britanni-*

ca. *Book of the Year*.

FUNDACIÓN POLAR (1997): *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas.

Gran Enciclopedia de Venezuela (1998): Editorial Globe, Caracas.

OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (1989-1997): *Anuario Estadístico de Venezuela*.

— (1967-1998): *Indicadores de la fuerza de trabajo*.

— (1992): *Índice de Bienestar Social*.

— (1993): *El censo 90 en Venezuela*.

— (1993): *Mapa de la pobreza*.

— (1997-1998): *Índice y Entorno del Desarrollo Humano en Venezuela*.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (1997-1998): *Informe sobre Desarrollo Humano*, Nueva York.

